



Papeles del CEIC

E-ISSN: 1694-6495

papeles@identidadcolectiva.es

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko

Unibertsitatea

España

Arnold-Cathalifaud, Marcelo; Thumala Dockendorff, Daniela; Urquiza Gómez, Anahí
Algunos efectos de procesos acelerados de modernización: solidaridad, individualismo y colaboración
social

Papeles del CEIC, núm. 1, marzo, 2008

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

Vizcaya, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=76500904>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



Algunos efectos de procesos acelerados de modernización: solidaridad, individualismo y colaboración social¹

Marcelo Arnold-Cathalifaud, Daniela Thumala Dockendorff, Anahí Urquiza Gómez

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de Chile

E-mail: marnold@uchile.cl

Papeles del CEIC
ISSN: 1695-6494



Volumen 2008/1
37
marzo 2008

Resumen

Algunos efectos de procesos acelerados de modernización: solidaridad, individualismo y colaboración social.

En este artículo se reflexiona sobre una manifestación específica de la complejidad social contemporánea: la contradicción observación de las prácticas solidarias. Se analiza la sociedad chilena que, en un plano general, es descrita como *individualista* y en la cual primaría el desinterés por los proyectos colectivos. Fundamentamos nuestros argumentos con observaciones -de segundo orden- aplicadas a discursos de gran impacto en la comunicación social y que tratan sobre la solidaridad y sus cambios, así como sobre las conclusiones de estudios locales que hemos realizado sobre estas materias. Levantamos la hipótesis -no conclusiva- que los proyectos modernizadores recientes, con su decidido carácter neoliberal, aunque se funden en promover los intereses propios, la competitividad y el éxito a base de los méritos personales, no anulan los vínculos asociativos y comunitarios, sino que los registran bajo nuevos códigos y, por lo tanto, con otras expectativas. Finalmente, exploramos las proyecciones y requerimientos que tienen las nuevas formas de colaboración social para las organizaciones que se basan o canalizan el trabajo social voluntario.

Abstract

Some effects of intensive processes of modernization: solidarity, individualism and social collaboration.

This article is a reflection on a specific manifestation of social contemporary complexity: the contradictory observation of solidarity practices. Chilean society is analyzed and described in general terms as *individualistic*, a society in which a lack of interest in collective projects prevails. We base our arguments in second-order observations, applied to discourses of greater impact in social communication about solidarity and its changes, and in the conclusions of local studies that we have conducted on these matters. We raise the hypothesis - not conclusive - that recent modernization projects, with a radical neoliberal character, although they are based in the promotion of self interests, competitiveness and success sustained in personal merits, they do not disallow the associative and communitarian links, but they register them under new codes, and therefore, under new expectations. Finally, we explore the projections and requirements that these new forms of social collaboration have for the organizations that are based on, or canalize, social voluntary work.

Palabras clave

Chile, modernización, complejidad social, colaboración social, sociedad civil, sub-política

Key words

Chile, modernization, social complexity, social collaboration, civil society, sub-policy

¹ Basado en investigaciones patrocinadas por la Dirección de Investigación de la Universidad de Chile (Proyecto DI SOC 04/14-2) desarrolladas por Observatorio de la Colaboración Social del Programa PULSO de la Facultad de Ciencias Sociales.



Índice

1)	¿Está en crisis la colaboración social?	2
2)	Las nuevas formas de solidaridad.....	9
3)	El “punto ciego” de la observación de la colaboración	14
4)	La colaboración organizada	20
5)	Post scriptum.....	23
6)	Bibliografía	24

1) ¿ESTÁ EN CRISIS LA COLABORACIÓN SOCIAL?

Gracias a una disciplina fiscal, profundas reformas institucionales y apertura a la economía mundial, en los últimos quince años el PIB *per cápita* chileno se ha duplicado, y en el próximo quinquenio podría alcanzar a los países agrupados en la OCDE (World Economic Outlook Database 2007). Indicadores sociales como la mortalidad infantil o la matrícula primaria se asemejan a los de naciones avanzadas y sitúan al país con el segundo índice más bajo de pobreza de toda la Región (UNFPA 2007). Junto a ello, los datos censales muestran que los hogares gozan de un mayor bienestar material que hace diez años, hecho asociado a un crecimiento económico de más del 5% anual en este último tiempo. La disponibilidad de bienes muebles, electrodomésticos e incluso de automóviles se ha acrecentado en todos los niveles socioeconómicos (Torche 2008). Por su parte, una reciente encuesta nacional da cuenta de que las personas no sólo perciben un mayor bienestar económico, sino también de más tiempo libre, vida familiar y condiciones de trabajo (Encuesta Nacional Bicentenario PUC-Adimark 2007). Asimismo, el último informe IDH (UNDP 2006) coloca a Chile en la categoría de naciones con un alto desarrollo. En el campo de las condiciones básicas de existencia “*nunca, como hoy, las mayorías habían estado mejor*” (Peña 2007:35). Mejoras en la calidad de vida y en capacidades de consumo, derivadas de este acelerado desarrollo y nuestra inserción internacional, han provocado fuertes expectativas en la población, la cual presiona por más bienestares sociales y personales generando, como ocurrió en otras latitudes, nuevas necesidades (Inglehart 2000). En forma paralela a este contexto de expansión económica se en-



cuentran fuertes problemas derivados de inequidades sociales y se han hecho evidentes desajustes y agudas contradicciones que inciden en un difuso, pero persistente, malestar ciudadano. Entre sus contenidos más destacados se encuentra una crítica al individualismo y a la desprotección social, especialmente la que proviene del debilitamiento de los lazos comunitarios tradicionales y a la falta de intervenciones estatales en los problemas sociales. Claramente se aprecia que los procesos de modernización no solamente tienen diferentes lecturas, además siguen cursos que no necesariamente están coordinados entre sí. No extraña, en consecuencia, que al entusiasmo de sus logros le acompaña el desencanto y la frustración.

Los procesos antes descritos se vinculan con opiniones de especialistas e intelectuales de renombre que aseguran que las actitudes comunitarias empiezan a ser residuales, que estarían en franca declinación o sencillamente serían contestatorias a las actuales tendencias modernizadoras. Re-editando una nueva versión del clásico dilema entre sociedad y comunidad se declara que mientras más avanza la modernización, más se cuestionan sus fundamentos, dejando en evidencia una desconexión entre la mayor eficacia de las operaciones sociales instrumentales, económicas fundamentalmente, y la valoración cultural de sus efectos. Esta situación se conecta, a su vez, con teorías acerca de las consecuencias de los actuales modelos de desarrollo científico, tecnológico y económico que abrirían camino a sociedades que teniendo por núcleo el riesgo y la incertidumbre inciden el desmantelamiento de las formas sociales tradicionales (Beck, 1998). A modo de testimonio: para Habermas (1998) la sociedad global, como parte del modelo de crecimiento capitalista, está sometida a constantes crisis; Touraine (1992) destaca la pérdida de confianza en el progreso, en tanto ya no se cree que conduzca a la democratización y a la felicidad y el sociólogo británico Giddens (1993) afirma que ante el desmembramiento de las instituciones tradicionales el mundo se percibe como espantoso y peligroso. Para quienes se arriman a las tesis de Foucault, estaríamos ante una sociedad cuyos ciudadanos estarían efectivamente vigilados (Lyon 1995), en la cual las tecnolo-



gías comunicativas conformarían expresiones sociales inéditas (Castells 1997), entre otras una *cultura de la virtualidad* que hace operar a sus miembros en una *hiper-realidad* (Baudrillard 1991), donde las apariencias son las experiencias. Desde esas miradas, el crecimiento económico se asociaría al aumento de malestares culturales y psíquicos que aquejan a los miembros de las sociedades modernas.

Discursos como los señalados tienen por común, desde sus naturales diferencias, destacar las crisis que emergen cuando las seguridades acostumbradas, o esperadas, pierden fuerza sin que algo logre reemplazarlas y cuando el mañana se anticipa como catástrofes por venir. Como señala Luhmann (1997), estas descripciones de la modernidad tardía contienen pronósticos sin futuro que se multiplican en los medios intelectuales y de comunicación de masas propagando una imagen de incontrolabilidad.

Entre los impactos negativos que más se destacan en las imágenes de la modernidad se encuentra el declinar de los lazos asociativos. Pareciera que desde el debilitamiento de las instituciones tradicionales que acompaña la globalización del programa económico *neoliberal* se desprendería la aguda indiferencia social que estimula participaciones segmentadas, fomentando el desinterés por las responsabilidades colectivas y dejando sin sustento los recursos morales que sostienen la solidaridad. Los escenarios familiares y laborales inseguros y precarios erosionan la identidad social, lo colectivo deja de ser un refugio y las actitudes egoístas se legitiman. Estos procesos impulsarían y radicalizarían una *individualización* (Beck) en la que las personas se obligan a forjar sus destinos por acciones cuyos resultados sólo pueden remitir a sí mismos, al punto que las crisis estructurales son vivenciadas como individuales y donde se supone que sólo con sus desempeños se modelan los destinos.

La misma noción de individualidad es desplazada por la de individualismo que, como ha sido destacado por Dockendorff (1993), refleja el colapso de los senti-



dos de pertenencia que deja a los individuos atrapados en lazos sociales fugaces. En este contexto, la desintegración de las certezas colectivas desencadena la compulsión a buscarlas ensimismadamente, produciendo las ya conocidas *patologías* psíquicas contemporáneas. Las tendencias descritas están asociadas a efectos negativos de todo orden. Incluso la autorrealización personal sería experimentada problemáticamente, en tanto obedecería a una racionalidad que puede perjudicar a los otros para su culminación o, siendo inalcanzable, termina en frustración o *anomia*. Esta falta de confianzas colectivas afectaría las posibilidades para activar acciones cooperativas.

Pudiera pensarse que Latinoamérica no responde cabalmente a estas caracterizaciones, sin embargo, muchos intelectuales locales, haciendo coro con las descripciones globales, denuncian con fuerza las consecuencias de la modernización y, al cuestionarse la persistencia de las formas comunitarias, anticipan problemas más agudos. La idea generalizada es que la globalización afecta duramente a los países en desarrollo. Las deficiencias institucionales, unidas al desmantelamiento de las formas estatales tradicionales, agudizarían no sólo la magnitud de sus inequidades sociales sino que las amplificarían, en tanto que sus exclusiones parciales se potencian mutuamente. Mientras tanto, las expectativas de mayores bienestar crecen ilimitadamente, alimentando los programas políticos populistas. Ni la hibridación cultural (García Canclini, 1990) ni el *ethos* latinoamericano (Morandé, 1987) nos estarían protegiendo de la avasalladora racionalidad instrumental moderna; más aún, esta desprotección agudizaría vacíos que tienen, entre otras expresiones, las reiteradas violaciones de los derechos de sus ciudadanos (Hopenhayn, 1987), un excesivo nivel de desconfianza interpersonal (PNUD, 2000) y una falta de consideración a la diversidad étnico-cultural local.

Para el sociólogo Fernando Robles (2000), más que un proceso de individualización, en América Latina se estaría experimentando una individuación no regu-



lada cuya consecuencia es un generalizado estado de ánimo basado en el miedo, la ansiedad y la incertidumbre. Así, a diferencia de los países desarrollados en los que el proceso se viviría como un “*haz de tu vida lo que quieras*”, más bien correspondería a un “*arréglatelas como puedas*” (2000: 71). Se añade que a consecuencia de estos cambios se cuestionarían los idearios colectivos conformándose el escenario para que se experimente la existencia en forma aislada. Aunque las aglomeraciones urbanas se extiendan indefinidamente, la vida cotidiana se privatiza, los espacios públicos se abandonan y, en compensación, los grandes centros comerciales se constituyen en los espacios para el encuentro social. Ante esta erosión del sentido de pertenencia, señala Brünner (1998), las personas confiarían sólo en círculos muy reducidos de parientes y conocidos. De hecho, según un informe del año 2005 (Corporación Latinobarómetro, 2005) los ciudadanos latinoamericanos tienen niveles de confianza interpersonal extremadamente bajos. En promedio, el 80% de los habitantes no confía en un tercero desconocido. Para Chile, en las mediciones de los últimos diez años se mantiene una bajísima confianza interpersonal (CERC, 2007).

Chile, para los analistas, se ha transformado en la principal sociedad neoliberal de la región latinoamericana (Gómez ,2007:54). Para observadores destacados de la realidad chilena, el país empieza a identificarse con una modernidad avanzada del tipo liberal “*estadounidense*”, con un orden orientado a proteger la propiedad, que exacerba los derechos individuales —y no así los deberes para con la comunidad—, y en que los logros personales se exponen en bienes materiales. Los “*nuevos*” chilenos, interpreta el comunicólogo Pablo Halpern (2002), habrían internalizado que su éxito o fracaso depende de lo que cada uno haga sin ayuda de agentes externos. En una estructura de movilidad social basada en el esfuerzo y mérito individuales, el consumismo, que se acopla con la generalización del crédito, pasaría a colocarse en el centro de la cotidianidad y sería un factor decisivo en la construcción identitaria social y personal. Simultáneamente, prevalecería un “*malestar ético*” que al cuestionar las normas vigentes expande el relativismo y desdibuja la influen-



cia de las instituciones tradicionales, lo que provocaría una profunda crisis de los sentidos compartidos (PNUD 1995) lo que sostiene una tensión entre las transformaciones socioeconómicas y la percepción de las mismas.

Desvinculados y volcados hacia el par éxito es *igual a dinero* (Moulian, 1997) los chilenos buscarían su seguridad desconectándose de los demás (PNUD 1998). En este contexto, la convivencia se caracterizaría por ser cada vez más egoísta, individualista, agresiva y moralmente menos sana (Larraín, 2001); en suma: *asocial* (PNUD 2002) en el sentido de meramente utilitaria. Sofisticados sistemas de segregación desgranarían el *ethos* comunitario abatiendo los niveles requeridos de confianza social entre los ciudadanos (Martínez 2001). Paralelamente, la inseguridad pasa a ser el tema central de la agenda pública, simbolizándose en la delincuencia la ausencia de lazos y normas morales, y cuya exposición mediática potenciaría la imagen de los otros como probables agresores, lo que refuerza la retracción de la sociabilidad al espacio privado. Para Güell (2002), el repliegue del Estado, y el vacío de los agentes políticos institucionalizados, sumado a una debilitada sociedad civil dejaría a los individuos anclados, en el mejor de los casos, en sus familias nucleares. Frente a esas inseguridades, se instituiría un *imaginario de mercado* ajeno a las motivaciones colectivas (PNUD 2002), debilitado de vínculos como la afectividad y la amistad (Moulian), pero pleno de asalariados y consumidores disciplinados. Completando el cuadro, los ciudadanos no buscarían incidir sobre sus contextos percibiendo que la construcción del nuevo orden que les toca vivir estaría alejada de sus posibilidades de participación. La economía y la política se experimentan como realidades ajenas e impenetrables. Este retraimiento se compensaría, en parte, con la exposición televisiva, lo que configura un tipo de conectividad social basado en espectadores pasivos y aislados. Efectivamente, mirar televisión es, después de dormir, la principal actividad diaria de los chilenos, con 3,1 horas en promedio (Cima Group, 2004). El último censo nacional dio cuenta de que el 92% de los hogares del país posee al menos un televisor y según datos del Consejo Nacional de Televisión



(2005), desde 1993 a la fecha el promedio de televisores por hogar subió de 1,9 a 2,3, siendo las alzas más significativas en los estratos más bajos, cuya media es de dos aparatos. En síntesis: una calidad de vida material significativamente mayor que en épocas anteriores se encuentra asociada a una drástica disminución cuantitativa y cualitativa de la sociabilidad, tal como ha sido conocida.

Se puede concluir, a partir de lo expuesto, que tanto a nivel global como regional y local, la intelectualidad contemporánea tiende a coincidir en evaluar negativamente las formas sociales dominantes, denunciando cómo el individualismo y la indiferencia debilitan los intereses colectivos. Estas descripciones destacan cómo las relaciones sociales se “deshumanizan”, proyectándose exclusiones no solamente de los sistemas funcionales instrumentales de la sociedad, sino también de las redes interaccionales de contactos con las cuales se enfrenta la vida cotidiana.

Frente al desmantelamiento de los factores que sostienen las formas de colaboración social, como serían la confianza, la empatía y las utopías, se prefigura una sociedad cuyo sentido comunitario se encuentra en decadencia, donde sus miembros se coordinan por indiferencia y se vuelcan cada vez más a la búsqueda de un bienestar material. En este contexto, no se contaría con los escenarios propicios para vinculaciones sociales que presuponen formas de reciprocidad basadas en la confianza y el desinterés. El incremento de esta contingencia se explica aludiendo a las actitudes que refuerzan modelos de modernización que minimizan las construcciones colectivas y fomentan los lazos oportunistas. En consecuencia, no sólo el asociacionismo estaría en un franco declive, sino también la misma viabilidad de las sociedades humanas estaría en cuestión ante tendencias auto-destructivas que carecerían de freno.

Pero, ¿cuánto reflejan estas descripciones la condición social contemporánea?, y si lo hacen, ¿de dónde sacan fuerza y legitimidad los discursos que insisten en la necesidad de fomentar la colaboración y la solidaridad? Entender cómo una



sociedad descrita como individualista reclama lazos comunitarios requiere, por cierto, determinar con mayor precisión el campo de lo que se indica por relaciones sociales orientadas solidaria y comunitariamente. Al respecto, nuestra hipótesis dice que si bien los discursos que hemos presentado tienen sentido, en tanto se multiplican en las auto-descripciones sociales y prácticamente carecen de contradictores, no cubren plenamente la complejidad del problema al que aluden, más bien se impregnán en nostalgias por un mundo sin ambivalencias. Específicamente sus perspectivas parecen no considerar las nuevas socialidades contemporáneas en tanto no empalman con sus presupuestos teóricos o más simplemente con sus expectativas ideológicas.

2) LAS NUEVAS FORMAS DE SOLIDARIDAD

Los resultados de nuestras investigaciones (Urquiza, 2005, 2006) y la información obtenida de las fuentes secundarias (Torrejón, 2005) han conducido a preguntarnos si acaso la improbabilidad de las vinculaciones asociativas se refiere a las condiciones de posibilidad de este tipo de vínculos o más bien tiene relación con limitaciones para la observación de sus nuevas formas. Esta interrogante surge ante la experiencia de las numerosas nociones asociadas y entrelazadas que destaca la literatura experta de instituciones académicas, estatales y organizaciones de la sociedad civil, como vinculaciones sociales contrapuestas a las tendencias individualistas.

Muchas evidencias indican que las formas solidarias se han diversificado al punto que ya no obedecen a un único patrón (Arnold et al., 2007). En lo que sigue pasaremos revista a la actual heterogeneidad de sus expresiones, eso nos permitirá apreciar, no solamente su presencia, también sus rasgos comunes y sus diferencias, así como reconocer sus actuales tendencias.



En una primera línea se encuentran iniciativas motivadas por intereses compartidos, pero en las que sus partícipes no necesariamente se involucran mutuamente. Distinciones como *caridad* o *donaciones* representan estas relaciones sociales asociativas, pero asimétricas. En términos específicos, la caridad se vincula con las nociones de asistencialismo, no supone la búsqueda de justicia ni de igualdad, como tampoco el empoderamiento de quien se beneficia de con ella. Aunque se la concibe como un acto que perfeccionaría la justicia social, asignándole un carácter religioso y de apego a valores, se la asocia más con la propia satisfacción de quien la ejerce. Así, las acciones caritativas se acoplan con acciones individuales orientadas al beneficio propio, es decir, son auto-efectivas y, por ello, aisladas y esporádicas. Por su parte, las donaciones se vinculan a aportes económicos para propósitos de bien común. Se presumen necesarias, pero no implican compromisos más allá de lo material y no requieren de un involucramiento del donante con el receptor de su donación. Si bien se las reconoce como un gesto de entrega solidario, en cierto grado son desvaloradas, aún cuando los medios de comunicación y las campañas masivas las estarían fomentando en tanto se acomodan a las posibilidades del ciudadano común que dispone de poco tiempo y medios para ejercer una ayuda más comprometida y sistemática, pudiendo descargar su voluntad solidaria en organizaciones especializadas para este nuevo “mercado”. También la *filantropía* y la *responsabilidad social* son vistas como actitudes solidarias. La primera se define como un concepto laico y que por ello humaniza a quien la ejerce pero, a la vez, es evaluado como una acción lejana y ajena ya que no implica mayor compromiso, al menos espiritual, de parte de quien la ejerce. Actualmente la filantropía se percibe como marca de prestigio social y de servicios exclusivos de fundaciones que llevan el nombre de sus donantes o de sus familias. La responsabilidad social se percibe como un concepto emergente y su popularidad se explica por un contexto en el cual se incorporan a la beneficencia social los dueños del capital y sus empleados, que la asumen como una forma rendir cuentas a su entorno y de obtener beneficios con



ello. En este sentido, es un concepto que rápidamente se asocia con la manera en que las empresas asumen las necesidades de sus contextos sociales pero, al no ser vista como una actividad del día a día, probablemente se la desliga como concepto aplicable al ámbito personal, individual. Así, tenemos un primer grupo de vinculaciones asociativas que tienen una amplia vigencia.

A diferencia de las distinciones anteriores, la *solidaridad* se integra con premisas comunes en torno a la justicia social, en conexión con nociones cristianas que valoran el sufrimiento y el deber moral y con ideologías que apuntan a los conflictos de clases. Se trata de una noción densa en contenido. En consecuencia, sus indicaciones traslanan códigos religiosos y políticos en torno a la “*cuestión social*”, y sus fines, aunque difusos, se evalúan en relación a su efectividad. Específicamente la solidaridad, aunque como señalan Román y colaboradores (2007) carece de un significado unívoco y tiene una variedad de acepciones y sentidos, involucra empatizar, en el sentido de reconocer y asumir las necesidades del otro, no sólo como un gesto puntual, sino como una actitud de vida. De este modo, se asocia con la búsqueda de justicia y cambio social y sus expresiones tienen relación con ayudar y compartir en un marco de igualdad orientado a la búsqueda de oportunidades para todos. Tan relevantes aparecen estas últimas ideas, que sus acciones, aunque no menos solidarias, son valoradas negativamente cuando se tornan paternalistas y no generadoras de equidad.

Por su parte, el *voluntariado* representaría una forma valorada de ejercer la solidaridad, pues se caracteriza por un compromiso estable, responsable y ejercido en un marco institucional por quien se involucra con el dolor y las necesidades de otros. Entrevistados del mundo del voluntariado lo re-significan como una nueva forma de acción política, como “*un espacio revolucionario en el mercado*”. Si bien el voluntariado se asocia con la gratuidad, al observar las motivaciones que tienen los voluntarios para realizar su trabajo estas varían desde una necesidad “*de renuncia*”



hasta la búsqueda de pertenencia a un grupo, de superación de sentimientos de soledad o malestar, y querer superarlo “ayudando a otros”. Por último, se observan motivaciones cargadas de idealismo, como “cambiar el mundo”, así como aquellas que se orientan a establecer una relación de reciprocidad: “recibir de los otros y ayudarlos”. Aun cuando en todos los discursos sobre las razones para ejercer el voluntariado aparece como elemento común el *interés por el otro*, habría tantas motivaciones como personas para ejercer el voluntariado (Meersohn 2006). También se observa una aproximación a la actividad voluntaria que comprende desde una búsqueda consciente de alternativas para realizar acciones solidarias hasta la participación generada por contactos casuales. Ante la diversidad de motivaciones personales asociadas al trabajo voluntario, puede anticiparse que en una sociedad como la chilena, donde el Estado y las Iglesias Cristianas pierden protagonismo, las distinciones que hasta hoy tenían a estas instituciones como principales referentes para las nociones de solidaridad y voluntariado, se desdibujan dando lugar a nuevos sentidos. Debemos destacar que en nuestras investigaciones, cuando se aplicó una prueba de Diferencial Semántico (Osgood et al., 1957) a estudiantes universitarios para conocer el significado laico o religioso que los jóvenes atribuían a las nociones de solidaridad y voluntariado, los atributos tradicionales no resultaron ser significativos (Urquiza, 2006).

Es a partir del desgaste de las distinciones tradicionales con que se definían las actividades asociativas, que postulamos que la noción de *colaboración* representa mejor las expresiones que parecen contradecir las tendencias individualistas. Pero, ¿cuáles son las características y manifestaciones que se le asocian? En primer lugar consideramos que los vínculos de colaboración se han ido acoplando a una modernidad plena de ambivalencias mostrando así su carácter versátil, siendo su diversificación su característica definitoria. Caracterizamos la colaboración, más que las otras distinciones identificadas, como una acción determinada pragmáticamente desde los propios agentes, en sus distintos momentos y contextos, asumiendo



do su individualidad y contingencia. Tal contenido permitiría situar a la colaboración como la distinción que, hoy en día, representa y engloba mejor la diversidad de vinculaciones asociativas de nuestra sociedad. Como señaló un entrevistado, “*a mí me gusta eso de vivir el compromiso social con la libertad individual*”. A diferencia de las distinciones relacionadas a ideologías clasistas o religiosas en conflicto con los procesos de individualización, la colaboración facilita un nuevo formato de actitudes comunitarias que se asumen sin desvirtuarse como relaciones de beneficio mutuo, transitorias, circunstanciales e integradas al cumplimiento de metas personales, y no necesariamente orientadas por objetivos universalistas como lo exige la búsqueda absolutista de lo bueno, el bien, la justicia, la igualdad o el amor. En suma, la colaboración cubre eventos contingentes propios de la modernidad conflictiva que caracterizamos en el primer apartado.

Nuestras observaciones se conectan con las interpretaciones del filósofo Gilles Lipovetsky (1994) cuando señala que incluso el voluntariado moderno no está ajeno a los procesos de fragmentación individualista de la sociedad, en tanto sus adherentes tienen objetivos circunscritos y los guía una ética secular de responsabilidad. Al respecto, la literatura especializada ofrece datos que muestran cómo en todos los países aumenta la cantidad de individuos que colaboran en actividades de voluntariado. Una encuesta desarrollada en Chile (SEGEGOB, 2004), revela que cuatro de cada diez entrevistados declara haber participado alguna vez en la vida “realizando alguna tarea voluntaria” y que por cada 100 personas 19 han desarrollado algún tipo de actividad voluntaria durante el último año. Un estudio más reciente, de carácter comparativo patrocinado por la Universidad Johns Hopkins (Irarrázaval et al., 2006), constata que el voluntariado en Chile, como porcentaje de empleo, está entre los más altos del mundo: “la presencia de voluntariado como porcentaje de la población económicamente activa (que en Chile corresponde al 2,3%) es más de tres veces superior al promedio de los países en transición (que alcanza un 0,8%) y está levemente por debajo de los países desarrollados (2,6%)” (*ibidem*: 29). De



hecho, el voluntariado, en el contexto de las acciones de colaboración, asume la matriz moderna y, por tanto, se sustenta en individuos soberanos y autónomos. Así también los factores que lo potencian se encuentran justamente en el desarrollo económico, la reducción del Estado y la crisis de la participación política. En suma: obedecen a los mismos procesos que contrarrestan.

3) EL “PUNTO CIEGO” DE LA OBSERVACIÓN DE LA COLABORACIÓN

Las vinculaciones de colaboración son diversas y amplias, acompañan las tendencias modernizadoras que aparentemente contradicen. En este sentido, su presencia permite suponer que los diagnósticos sobre la improbabilidad de las vinculaciones asociativas están mediadas por racionalidades teóricas estrechas, junto a una visión colectivista que se inspira en nociones integristas de la sociedad que tienen por núcleo conceptual la noción de *anomia* (*Durkheim*), desde la cual la cohesión y el orden basado en valores es el fundamento de la viabilidad social e, incluso, de la sanidad mental. Es en este sentido, que concordamos con la afirmación de Luhmann que señala que los cambios *semánticos*, el cómo se describe la sociedad, van a la zaga de sus cambios estructurales (2007: 905).

Las expresiones de la colaboración, como hemos destacado, distan mucho de ser unívocas; por el contrario, comprenden una amplia variedad de manifestaciones. Su visión actualizada debe incorporar tanto las motivaciones que se aprecian como altruistas y que dan lugar a un compromiso con *los otros*, como aquellas que se dan en el marco del individualismo y la competencia. Asumir esta diversificación permite ampliar la mirada e incluir muchas prácticas de colaboración que, desde una perspectiva normativa y tradicional, no se habrían identificado como tales. Por ejemplo, relacionar las rebajas de impuestos con la filantropía, el prestigio de las empresas con su responsabilidad social, la imagen de marca con las donaciones benéficas.



cas, la fidelización de audiencias con las campañas solidarias y las necesidades de autorrealización con el trabajo voluntariado.

Específicamente, las vinculaciones de colaboración resultan ser formas asociativas acoplables a la complejidad de la modernidad, pero al alejarse del sentido político tradicional o *sacrificial* de la solidaridad y acercarse al estilo más igualitario de la reciprocidad y al pragmatismo, quedan inobservables cuando no se disponen de herramientas para percibir estos cambios. Los voluntarios, por ejemplo, sienten que su labor es una instancia de crecimiento y formación y que las competencias aprendidas son aplicables a otros aspectos de su vida. Existen muchas evidencias que indican los refuerzos latentes que sostienen sus comportamientos solidarios, como la obtención de beneficios para la salud física y psicológica, por el hecho de saber que se está haciendo feliz a otro (Thoits y Hewitt, 2001). No debería extrañar, en consecuencia, que la modernización con todos sus efectos desintegradores no elimine estas formas de vinculación, sino más bien las diversifique, en tanto conforma desde su plataforma nuevos escenarios para la conectividad social como, por ejemplo, la función de Internet como instancia articuladora de redes de colaboración —voluntariado *on line*—, como puede verse con más detalle en estudios de Ana María Raad (2007).

La dificultad para observar las vinculaciones de colaboración estaría relacionada con posturas normativas que sostienen cómo deberían configurarse estas acciones en la sociedad. Estos sesgos pueden advertirse en algunas *organizaciones no gubernamentales* (para el caso, organizaciones de la sociedad civil). Como señala Grüninger (2004), muchas de ellas nacieron durante la dictadura militar en Chile y progresivamente se configuraron como espacios contestatarios a la imposición del *modelo neoliberal*. Es esperable que estas organizaciones no distingan como vinculaciones de colaboración a aquellas descritas en los términos anteriormente señalados, es decir, como *relaciones de beneficio mutuo*. La principal limitación para su



observación radica en la aparente incompatibilidad del proceso de individualización, efecto característico del actual modelo económico, con un genuino interés social. Esta dificultad no sólo puede presentarse en las ONG, como también lo constatan los estudios de Rodríguez y Quezada (2007) en organizaciones del tercer sector chileno, también la identificamos en organizaciones con otro tipo de ideologías o creencias a partir de las cuales definen qué es y qué no es una relación solidaria (por ejemplo, las de carácter religioso).

Si se asume una postura no normativa para observar las vinculaciones de colaboración se concluye que estarían presentes en tanto exista sociedad. Incluso en la soledad y la apatía pueden estar presentes. No debería extrañar, en consecuencia, que la modernización no las elimine. El problema es identificar y explicar sus expresiones en un contexto de individualismo y competencia. Para ello se requiere desmantelar la antinomia entre el individualismo y la colaboración, pues si aceptásemos las descripciones generalizadas sobre la sociedad actual y mantuviéramos una visión estrecha de lo que significan los lazos asociativos, sólo quedaría por afirmar que la presencia de relaciones sociales orientadas comunitariamente no sólo es escasa, sino que además incentivarlas supondría el deseo colectivo de colocar la modernización en reversa. De acuerdo a nuestra comprensión, ello no podría ser, pues justamente el estado de diferenciación estructural hace que los sistemas parciales que componen la sociedad moderna se coordinen, al menos, por indiferencias recíprocas (Willke, 1995).

En relación a lo señalado, el sociólogo Eugenio Tironi (2005) identifica en Chile el surgimiento de señales que revelan la necesidad de una sociedad más humana y acogedora, que invite al éxito pero que proteja ante el fracaso y el aislamiento. Por eso, las expresiones referidas a relaciones de colaboración se incrementan incluso en países definidos como el punto de partida del individualismo y el aislamiento social. Baste observar la importancia que tiene el voluntariado en Estados



Unidos, donde aproximadamente el 30% de su población ha participado en este tipo de actividades (SEGEGOB, 2004).

Esta mirada a la colaboración en el contexto moderno puede sostenerse, en parte, con aportes de teorías provenientes de distintas disciplinas y que facilitan la comprensión de procesos complejos que son aparentemente contradictorios y paradójicos. En el ámbito de los sistemas vivos, por ejemplo, como señalan Garretón y Salinas (2007), si se considera que la evolución selecciona a la especie, la cooperación se requiere para su conservación o, en caso de que seleccione a un individuo o un gen, la cooperación sería una consecuencia secundaria de los actos “egoístas” de estos para perpetuarse. Estas ideas se complementan con las observaciones antropológicas de Mauss (1971), para quien la reciprocidad y el intercambio generalizado son los pilares de las sociedades humanas y, de este modo, son más obligatorias e interesadas que libres y gratuitas. Estos supuestos se han proyectado en la noción de redes sociales (Kliksberg, 2000) aplicada para identificar los recursos disponibles que fortalecen los capitales sociales (Putman, 1994) que facilitan la obtención de ventajas mutuas sobre la base de vinculaciones ajenas al utilitarismo económico individualista (Martins y Brasilmar, 2004) y que se reflejan en el acceso a redes interaccionales de favores e influencias. A estas aproximaciones se suman otras que también explicarían la coexistencia de tendencias individualistas con acciones de colaboración. Por ejemplo, la teoría de la elección racional (Marí-Klose, 2000), que supone que los individuos toman decisiones, cooperativas o competitivas, con el propósito de maximizar bienes, servicios, satisfacciones emocionales y sociales o la pura realización personal. Al respecto, es interesante destacar la Teoría de los Juegos que se aplica para modelar las alternativas para la resolución de los conflictos entre la colaboración y la competencia. Su ejemplo paradigmático, el “*dilema del prisionero*”, demuestra que la no-cooperación es la peor estrategia posible para el colectivo y, al mismo tiempo, el cooperar unilateralmente es la peor estrategia individual. Incluso para la teoría *bioautopoietica* (Maturana y Varela 1984), si bien

(c) Marcelo Arnold-Cathalifaud, Daniela Thumala Dockendorff, Anahí Urquiza Gómez, 2008

(c) CEIC, 2008, de esta edición



la organización de los sistemas responde al operar cerrado de la producción de sus componentes, ello no implicaría la ausencia de interacciones con su medio, pues no pueden autoabastecerse de todos sus presupuestos. Se deriva entonces que hasta los sistemas cerrados deben incluir la manutención de sus entornos en la dinámica de su propia sustentabilidad serían, como destacan sus autores, *altruistamente egoístas y egoístamente altruistas*.

Si aceptamos hipótesis fundamentadas en la antropología, la sociología y la biología, relativas a que los sistemas no podrían excluir las vinculaciones asociativas, en tanto son su medio de reproducción, debemos precisar que mientras las sociedades evolucionan y van modificando sus estructuras, también transforman sus formas de vinculación asociativas al interior de éstas. Así, el *enfriamiento* (Bauman, 1991) e impersonalidad de las relaciones humanas contemporáneas no contradice la alta tasa de asociatividad voluntaria que acontece en distintos países, sino que refiere a sus transformaciones. Lo que sucede es que las nuevas expresiones asociativas se distancian de las concepciones tradicionales que las consideran como actividades ajenas a la búsqueda de recompensas y beneficios, y la mayor parte de las miradas intelectualizadas y progresistas que tratan la condición social contemporánea no han abordado satisfactoriamente estas nuevas conformaciones.

Tomando en consideración lo expuesto, podemos volver nuestra atención a los descriptores de la sociedad contemporánea e intentar explicar, desde una observación de las mismas, sus “*puntos ciegos*”. Específicamente, cuando las explicaciones no integran comprensivamente la complejidad de los fenómenos sociales, no se logra apreciar cómo la conformación de la sociedad se acompaña con el incremento de operaciones en apariencia contradictorias que, aunque puedan parecer cognitivamente inescrutables o irracionales, son ampliamente admisibles en su reproducción. Sólo desde perspectivas que no reconocen la complejidad de la sociedad contemporánea puede experimentarse la radical declinación de las vinculaciones socia-



les, en especial si sólo tienen por referencia las solidaridades *mecánicas* predominantes en las sociedades diferenciadas a base de principios segmentarios, es decir, por unidades de parentesco o domésticas y de las sociedades estratificadas que promueven las solidaridades corporativas o de clase. Pero estas formas han cedido ante el creciente predominio de nuevos tipos de diferenciación, cuyos presupuestos valoran los rendimientos individualizados, son altamente exigentes y no son del todo compatibles con la imagen clásica de una solidaridad donde el empeño, la responsabilidad individual y el afán de superación ocupan un lugar secundario, y donde se rompe el vínculo entre la retribución y el esfuerzo.

Nuestras indagaciones constatan que la expansión de vinculaciones sociales se fundamenta en problemas de interés común que, a la vez, tienen una marcada orientación individualista, incluyen una reciprocidad pragmática y se orientan a resultados. Es decir, las nuevas formas solidarias incluyen anhelos y aspiraciones personales cuyas tensiones se asumen como legítimas. Se trata de acciones plenas de satisfactores y rendidoras para un aprendizaje social, para nutrir un currículo e ingresar al mundo laboral o como un medio para otorgarse un sentido de vida, de pertenencia o sencillamente mayor aprobación social. En ese cuadro, sentirse parte del cumplimiento de las metas es un importante refuerzo: incluye la satisfacción de poder ayudar y los mismos lazos amistosos que se forman en las organizaciones favorecen la continuidad de la colaboración. No extraña, entonces, una dimensión de búsqueda hasta que el voluntario encuentra su sentido cuando los logros organizacionales se sienten como propios.

Si la colaboración se entiende como una relación de beneficio mutuo, constituiría la forma de las vinculaciones sociales asociativas que mejor cumple con los parámetros que se imponen en la modernización. A pesar de que no produce mayor impacto emocional ni añade prestigio social, por su falta de sentido trascendente y utópico, la colaboración afirma su carácter explicativo de los vínculos sociales que



nos interesan, pues da cuenta de los beneficios que obtienen los individuos al vincularse socialmente y libera las expresiones solidarias de sus contradicciones y exigencias. En este sentido la noción de colaboración adquiere una capacidad (auto) explicativa, es decir, representativa, de la expansión de las vinculaciones asociativas en el marco de la modernidad contemporánea.

4) LA COLABORACIÓN ORGANIZADA

Podemos incorporar a nuestro análisis la visión de una sociedad crecientemente diferenciada, donde las participaciones políticas son, en parte importante, extra-partidistas, y hay una conciencia de tiempos escasos y descontinuados que limitan los compromisos profundos y duraderos más allá de los espacios afectivos. En suma, en el escenario moderno se estaría pasando de una vocación de entrega abnegada a los demás a la decisión de contribuir con los otros de acuerdo a las propias posibilidades, es decir, del voluntarismo a la institucionalización de fines, de las exigencias difusas a la eficiencia y eficacia, donde las necesidades individuales se constituyen en incentivos selectivos que promueven la solidaridad social. De esta forma se están generando formas inéditas de sociabilidad, como colaborar con el que colabora, en una suerte de solidaridad indirecta, así como también la resignificación de acciones cotidianas, como ser ciudadanos responsables, las que, en los nuevos tiempos, se capitalizan como solidarias. Asumiendo la creciente instrumentalización de los vínculos asociativos en contrapartida, quienes colaboran esperan que las organizaciones, comunidades, familias y personas a las cuales donan su dinero o su tiempo y dedicación, estén bien administradas, sean participativas y que sus fines y metas sean entendibles. Esto también significa que las mismas organizaciones de voluntariado ya no pueden ignorar los cambios que las impulsan en la modernidad. Por cierto, de ello dependen sus viabilidades.



No obstante lo anterior, es posible identificar a muchas organizaciones de la sociedad civil cuya forma de observar los problemas sociales y diseñar sus estrategias de intervención revisten un carácter normativo. Si bien ello puede proveerles de la comodidad que otorga *operar en la certeza*, sus posturas resultan limitantes para el diagnóstico e intervención en un contexto social de alta complejidad. Frente a ello, la perspectiva *sociopoiética* propone una mirada rigurosa de los fenómenos sociales complejos pues, dado su *programa* (Arnold, 2003), sus conocimientos deben ser permanentemente cuestionados y puestos a prueba con nuevas evidencias. De este modo, es posible elaborar de manera comprensible la paradoja *colaboración – individualización* e identificar las variedades de vinculaciones sociales en el contexto contemporáneo, lo que facilita su promoción en la sociedad. Cabe preguntarse, entonces, ¿cómo las organizaciones de la sociedad civil podrían potenciar el impacto de sus intervenciones aprovechando este conocimiento disponible?

Las vinculaciones sociales de colaboración pueden considerarse como actividades *sub-políticas* (Beck, 1998) en tanto a través de ellas se coordinan acciones con el objetivo de promover cambios sociales, mientras se aprecian señales de que la política tradicional ha dejado de ocupar un lugar central o, al menos, ya no es la única forma en que se producen operaciones políticas. Ahora bien, la idea de *transformación o cambio social* no es de naturaleza unívoca ni tendría por qué serlo, dado el carácter diverso de la sociedad contemporánea; no obstante, es posible sostener que las múltiples acepciones que se le extienden coinciden en hacer alusión a una búsqueda de una sociedad más justa, más solidaria y más democrática. Estos intereses no son ajenos ni desconocidos en la actividad cotidiana de la población, en la que mecanismos de transformación y de reparación social se aprecian día a día en las diversas expresiones de la asociatividad comunitaria. Es en este punto donde convergen las prácticas de colaboración con las organizaciones de la sociedad civil y éstas con las aspiraciones ciudadanas.



De lo hasta acá expuesto, se desprenden nuevas líneas de indagación para tener en cuenta en nuestra aproximación a la colaboración y su fomento en la sociedad, específicamente, los problemas referidos a sus espacios organizacionales. Al respecto, ¿están preparadas las organizaciones de voluntarios para recibir colaboradores? Es claro que los nuevos voluntarios empiezan a plantear exigencias de claridad de tareas y dedicaciones prolongadas que van más allá de la vocación de entrega y el espíritu de sacrificio, y cuyos satisfactores se codifican técnicamente como cumplimientos de tareas, que responden más que a “*ayudar en lo que venga*” al “*ayudar como yo quiero y puedo*”. En los marcos actuales las necesidades de los potenciales voluntarios colisionan con los requerimientos organizacionales. Aunque no persigan remuneraciones, los voluntarios necesitan de gratificaciones y, por otro lado, aunque son reclutados con apelaciones emocionales y espirituales, las organizaciones esperan de los voluntarios aportes sistemáticos y constantes que implican división de funciones y de miembros que deben coordinarse en torno a decisiones. De hecho, la sustentabilidad de las organizaciones de voluntariado se alcanza cuando se acoplan los componentes en conflicto y sus formas de articulación se ajustan a estas nuevas condiciones, por ejemplo, traducciones fluidas de motivos en decisiones e indicaciones tempranas de éxito en el cumplimiento de los fines.

Lo anterior exige nuevos roles directivos para la gestión del voluntariado, pues están demandados a compatibilizar dos mundos: decisiones orientadas a fines y motivos orientados por necesidades personales. La dificultad para responder a esta demanda lleva a las organizaciones sociales, muchas de las veces, a organizar motivos (“*las ganas de*”) antes que decisiones, lo que las hace particularmente inestables. Este tipo de participación, o interés por participar, ha de ser necesariamente fluctuante y, por lo mismo, difícil de estructurar y planificar. Por todo lo anterior, es probable que devengen en un pequeño grupo ocupado de mantenerla vigente, concentrándose en las funciones de *advocacy*, junto a un sector más amplio que, con suerte, sólo se moviliza ante situaciones o demandas coyunturales, como es el caso



de organizaciones transnacionales como Amnistía Internacional o Greenpeace. Se desprende, entonces, que el estudio empírico de las relaciones de colaboración debe incluir la cultura organizacional de las organizaciones de la sociedad civil que trabajan con voluntarios, como una variable estratégica al momento de impulsar políticas para su extensión y fortalecimiento.

5) POST SCRIPTUM

Si proyectamos nuestras reflexiones a un plano más general, sería atendible indagar qué se ha perdido o ganado con las nuevas formas de vinculación social que hemos destacado, cuáles son sus proyecciones hacia la sociedad y los individuos, qué otros efectos no deseados conllevan y cuánto podremos intervenir en mitigarlos en países que difícilmente podrán seleccionar los contenidos que imponen a su modernización los ritmos de la integración planetaria. Todas estas son preguntas abiertas.

Finalmente, frente a los reparos que se extenderían a nuestra perspectiva, debemos aclarar que la identificación y comprensión de tendencias modernizadoras que impulsan al individualismo y a la competencia no implica promoverlas o someterse a ellas; por el contrario, la línea de trabajo que proponemos invita, tanto a los intelectuales y científicos sociales como a la sociedad civil a abordar fenómenos sociales complejos, identificar sus mecanismos y evaluar sus efectos, en particular para diseñar intervenciones con más eficacia en aquellos aspectos que resulten problemáticos y cuestionables. Ante los problemas del cambio social planificado, a la investigación social sólo le cabe estar a la altura de sus circunstancias, es decir, no apuntar sólo al control y/o crítica social sino que considerar la contingencia en un marco de creciente complejidad social. Por ello, y en este sentido, pensamos que la expansión de nuevas formas de colaboración social no debe seguir inobservada. No es aventurado suponer que sus funciones contribuyan y a la vez sean expresiones



de la una expansión de la democratización, en tanto proporcionan más espacios para su transformación, en este caso, por medio de la emergencia de espacios organizados para los cada vez más ciudadanos que se sienten motivados por participar de las acciones de colaboración y de mantenerse explícitamente activos en la construcción de la sociedad en que viven, aunque ello no signifique colocar en reversa sus actuales condiciones de vida. Al respecto, es interesante la propuesta que desarrolla Mascareño (2007) sobre la emergencia de un sistema de cooperación en proceso de diferenciación, que transforma la exclusión social en un problema que deja de ser responsabilidad directa del Estado, o de decisiones individuales, transfiriéndose a cada sistema funcionalmente diferenciado. En síntesis, hay muchos interesantes problemas que aún permanecen sin abordar, e incluso sin observar, y que pueden ser abiertos previo cuestionamiento de los obstáculos epistemológicos e ideológicos con que se cargan las teorías en uso para poder así enfrentar mejor la condición social contemporánea.

6) BIBLIOGRAFÍA

- Arnold, M., 2003, "Fundamentos del constructivismo sociopoiético." *Cinta de Moebio* 18, Universidad de Chile. Disponible en: <http://rehue.csociales.uchile.cl/publicaciones/moebio/18/arnold01.htm> [marzo 2006].
- Arnold, M.; Thumala, D.; Urquiza, A.; 2007, "Colaboración, cultura y desarrollo" en Arnold, M y Thumala, D. (ed.) *Colaboración, Cultura y Desarrollo*. Santiago: Revista MAD Edición especial N°2. Ediciones MAD-Fundación Soles, 15-35.
- Bauman, Z., 1991, *Modernity and Ambivalence*. Cambridge: Polity.
- Beck, U., 1998, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Brünner, J., 1998, *Globalización cultural y posmodernidad*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Castells, M., 1997, *La Era de la Información. Economía, sociedad y cultura*. Madrid: Alianza.
- CERC, 2007, *Informe de Prensa. Encuesta Nacional*. Diciembre de 2007, Santiago de Chile.



CIMA Group, 2004, *Estudio de uso del tiempo*. Santiago: CIMA Group.

Consejo Nacional de Televisión & Adimark Comunicaciones, 2005, "Encuesta Nacional de Televisión. Principales Resultados." Disponible en: <http://www.cntv.cl/medios/Publicaciones/PrincipalesResultadosENTV2005.pdf> [octubre 2006].

Corporación Latinobarómetro, 2005, *Informe Latinobarómetro 1995-2005*. Disponible en: <http://www.latinobarometro.org/uploads/media/2005.pdf> [octubre 2006].

Dockendorff, C., 1993, *Solidaridad: la construcción social de un anhelo*. Santiago: UNICEF Internacional.

Encuesta Nacional Bicentenario PUC – Adimark, 2007, Disponible en: http://www.adimarkgfk.com/medios/Encuesta_Nacional_Bicentenario.pdf [enero 2008].

Fondo Monetario Internacional, *World Economic Outlook Database*, octubre de 2007

García Canclini, N., 1990, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Paidós.

Garretón, V, & Salinas, P., 2007, "¿Existe el gen de la cooperación?" en Arnold, M. y Thumala, D. (ed.) *Colaboración, Cultura y Desarrollo*. Santiago: Revista MAD Edición especial nº2. Ediciones MAD-Fundación Soles, 227-246.

Giddens, A., 1993, *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.

Gómez, J.C., 2007, "Chile: 1990-2007: Una sociedad neoliberal avanzada", *Revista de Sociología*, 21. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, 53-79.

Grüninger, S., 2004, *Las ONG durante la transición chilena: un análisis de su respuesta ideológica frente a su incorporación en políticas sociales de índole neoliberal*. Tesis (Mg.), Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Güell, P., 2002, "Familia y modernización en Chile" en División de Organizaciones Sociales, SEGEBOB, ed. *Gobernar los cambios: Chile, más allá de la crisis*. Santiago: División de Organizaciones Sociales, SEGEBOB, 283-296; también en: *Chile hoy. La memoria incandescente*. Disponible en: www.chile-hoy.de/www.desarrollohumano.cl/debates [julio 2002].

Habermas, J., 1998, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Buenos Aires: Amorrortu.

Halpern, P., 2002, *Los nuevos chilenos y la batalla por sus preferencias*. Santiago: Planeta.

Hopenhayn, M., 1987, "Modernismo y postmodernismo: ruptura o refuerzo. Una ambigüedad vigente", *Estudios Públicos*, 27. Disponible en: <http://www.cepchile.cl> [junio 2006]



- Inglehart, R., 2000, "Globalisation and Postmodern values", *Washington Quarterly*, 23 (1), 215-228.
- Irrarrázaval, I., E, Hairel, S, Wojciech Sokolowski, L, Salamon, 2006, *Estudio comparativo del sector sin fines de lucro*. Santiago: Johns Jopkins University, PNUD, Focus.
- Kliksberg, B., 2000, "Capital social y cultura. Claves olvidadas del desarrollo". Banco Interamericano de Desarrollo. Disponible en: <http://www.iadb.org/intal/publicaciones/kliksberg.pdf> [mayo 2006]
- Larraín, J., 2001, *Identidad nacional*. Santiago. Lom Ediciones.
- Lipovetsky, G., 1994, *El crepúsculo del deber: la ética indolora de los nuevos tiempos*. Barcelona: Anagrama.
- Luhmann, N., 1997, *Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna*. Barcelona: Paidós.
- Luhmann, N., 2007, *La Sociedad de la sociedad*. Universidad Iberoamericana, México.
- Lyon, D., 1995, *El ojo electrónico: el auge de la sociedad de la vigilancia*. Madrid: Alianza.
- Marí-Klose, P., 2000, *Elección racional*. Cuadernos metodológicos Nº 29. Madrid: CIS.
- Martínez, M., 2001, "La confianza social en Chile: antecedentes y desafíos para una cultura democrática" en División de Organizaciones Sociales, SEGEBOB. *Confianza social en Chile. Desafíos y proyecciones*. Santiago: División de Organizaciones Sociales, SEGEBOB.
- Martins, P. H., y Brasilmar, F., 2004, *A nova ordem social. Perspectivas da solidariedade contemporânea*. Brasilia: Paralelo 15.
- Mascareño, A., 2007, "Sociología de la Solidaridad. La diferencia de un sistema global de cooperación" en: Arnold, M y Thumala, D. (ed.) *Colaboración, Cultura y Desarrollo*. Santiago: Revista MAD Edición especial Nº2. Ediciones MAD-Fundación Soles, 35-67.
- Maturana, H., & Varela, F., 1984, *El árbol del conocimiento*. Santiago: Universitaria.
- Mauss, M., 1971, *Ensayo sobre los dones: razón y forma del cambio en las sociedades primitivas*. Madrid: Tecnos.
- Meersohn, C., 2006, *La vivencia de ayudar: estudio exploratorio en torno a las prácticas colaborativas*. Memoria (Lic.), Antropología Social, Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- Morandé, P., 1987, *Cultura y modernización en América Latina*. México DF: Ediciones Encuentro S.A.
- Moulian, T., 1997, *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago. Lom Ediciones.



- Osgood, Ch., G.J.Suci y P.H. Tannenbaum, 1957, *The Measurement of Meaning*. Urbana, University of Illinois Press.
- Peña, C., 2007, "Chile actual: el proyecto político de la Concertación", en *Revista de Sociología*, 21. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, 33-45.
- PNUD, Programa Nacional para el Desarrollo de Naciones Unidas, 1995, "Gobernabilidad y desarrollo democrático en América Latina y el Caribe". Disponible en: <http://www.pnud.org.ve/archivo/goblib1.asp> [mayo 2006].
- PNUD, Programa Nacional para el Desarrollo de Naciones Unidas, 1998, "Las paradojas de la modernización". Disponible en: <http://www.desarrollohumano.cl/textos/sin1998/PDF%201998/I%20Cap1.pdf> [mayo 2006].
- PNUD, Programa Nacional para el Desarrollo de Naciones Unidas, 2000, "Más sociedad para gobernar el futuro". Disponible en: <http://www.desarrollohumano.cl/blanco.htm> [junio 2006].
- PNUD, Programa Nacional para el Desarrollo de Naciones Unidas, 2002, "Nosotros los chilenos: un desafío cultural". Disponible en: <http://www.desarrollohumano.cl/indice.htm> [junio 2006].
- Putnam, R., 1994, *Para hacer que la democracia funcione*. Caracas: Galac.
- Raad, A., M., 2007, "Me conecto luego existo... redes de colaboración mediadas por Internet." en Arnold, M y Thumala, D. (ed.) *Colaboración, Cultura y Desarrollo*. Santiago: Revista MAD Edición especial Nº2. Ediciones MAD-Fundación Soles, 185-207.
- Robles, F., 2000, *El desaliento inesperado de la modernidad. Molestias, irritaciones y frutos amargos de la sociedad del riesgo*. Concepción: Ediciones Sociedad Hoy; Dirección de Investigación, Universidad de Concepción.
- Rodríguez, D., & Quezada S., 2007, "Cultura en las organizaciones del Tercer Sector chileno". *Revista Española del Tercer Sector*, 6, Mayo-Agosto 2007, 145-177.
- Román, J., Tomicic, A., y Avendaño, C., 2007, "Solidaridad como problema" en Arnold, M y Thumala, D. (ed.) *Colaboración, Cultura y Desarrollo*. Santiago: Revista MAD Edición especial Nº2. Ediciones MAD-Fundación Soles, 151-183.
- SEGEGOB, Ministerio Secretaría General de Gobierno, 2004. Investigación sobre la conversación social y opinión pública acerca del voluntariado en Chile. Santiago: SEGEGOB, Flacso, MORI y CERC.
- Thoits, P. A.; Hewitt, L.N, 2001 "Volunteer work and well-being". *Journal of Health and Social Behavior*, 42:115-131.
- Tironi, E., 2005, *El sueño chileno*. Santiago: Aguilar Chilena de Ediciones S.A.
- Torche, A., 2008, *Los Riesgos de la Aversión al Riesgo*. El Mercurio, Opinión, martes 8 de enero 2008, pg. A-2.



- Torrejón, M. J., 2005, *La solidaridad del chileno: estudio exploratorio en torno a la cultura de la colaboración*. Memoria (Lic.), Antropología Social, Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- Touraine, A., 1992, *Crítica de la modernidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- UNDP, Human Development Report, 2006, *Human Development Indicators*. Disponible en: http://hdr.undp.org/hdr2006/statistics/countries/country_fact_sheets/cty_fs_C_HLhtml [julio 2007].
- UNFPA, Fondo de Población de las naciones Unidas, 2007, *Estado De la Población Mundial 2007. Liberar el potencial del crecimiento urbano*. Disponible en: http://www.unfpa.org/upload/lib_pub_file/697_filename_swp2007_spa.pdf [julio 2007]
- Urquiza, A., 2005, *Colaboración en la sociedad compleja*. Memoria (Lic.), Antropología Social, Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- Urquiza, A., 2006, *Colaboración y desarrollo: una aproximación al dominio comunicativo de la colaboración*. Tesis (Mg.), Antropología y Desarrollo, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Willke, H., 1995, "La transformación de la democracia como modelo de orientación de las sociedades complejas", en *Soziale Systeme*, 2. Disponible en: <http://www.sozialesysteme.ch> [enero 2006].

Protocolo para citar este texto: Arnold-Cathalifaud, M., Thumala Dockendorff, D., Urquiza Gómez, A., 2008, "Algunos efectos de procesos acelerados de modernización: solidaridad, individualismo y colaboración social", en *Papeles del CEIC*, vol. 2008/1, nº 37, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/37.pdf>

Fecha de recepción del texto: enero de 2008

Fecha de evaluación del texto: enero de 2008

Fecha de publicación del texto: marzo de 2008